

LAS MIGRACIONES Y LAS NUEVAS FRONTERAS DE LA MISIÓN

En el Centenario de la muerte del Bienaventurado Juan Bautista Scalabrini

MISIONERAS SECULARES SCALABRINIANAS

El 25 de julio de 1961, 56 años después de la muerte del beato J. B. Scalabrini, siguiendo las huellas de su espiritualidad, inició el camino del Instituto de las Misioneras Seculares Scalabrinianas. Surgido en medio de las migraciones y en un contexto scalabriniano como don de vivir la consagración secular por los caminos del éxodo de los migrantes, este nuevo carisma en la Familia Scalabriniana obtuvo el reconocimiento definitivo de la Iglesia en la Pascua de 1990.

En los inicios de nuestra historia

Nuestra historia inició en Solothurn (Suiza) en los ambientes de la Misión Católica Italiana que acababa de encontrar su sede en el viejo edificio del Hotel Adler, con sus tres pisos ocupados respectivamente como restaurante para los migrantes, jardín de niños, residencia para las chicas trabajadoras y oficinas para la primera recepción de los migrantes italianos. Se trataba sobre todo de hombres solos, originarios de las regiones más pobres de Italia, migrantes que encontraban trabajo sobre todo en las fábricas, en la producción de relojes y en las industrias de fundición presentes en el distrito de Solothurn. En 1961 empezaban a reunirse con los trabajadores extranjeros sus familiares, con la consecuente llegada de muchos niños de edad escolar. Para responder a las numerosas necesidades, los Misioneros Scalabrinianos estaban empeñados en todos los ámbitos: desde la asistencia religiosa y social a la sensibilización, cuidadosos a suscitar colaboración con los suizos y con todos.

Adelia Firetti, la misionera con la que empezó nuestro camino, escribe: “Aquel sábado cuando, por la noche, llegué a la Misión Católica Italiana de Solothurn, traía en la maleta como equipaje mi pequeñez, junto con el deseo de una experiencia nueva. ¡Y eso que ya había vivido varias experiencias en la Acción Católica, en la escuela con los niños de día y en la escuela popular con los adultos de noche, en los valles del Apenino de Piacenza (Italia)! Pero no bastaba para mí. Me acompañaba sobre todo la búsqueda de vivir el amor de Dios, de encarnar mi fe en un servicio a los demás. La oportunidad se presentó con una propuesta de los Misioneros, que veían la urgencia de iniciar en

Solothurn una escuela para los niños italianos, que andaban en la calle con la llave de la casa colgada del cuello mientras sus papás trabajaban duro. Esta experiencia me pareció significativa para mi búsqueda de vida.

Por cierto los Misioneros habían trabajado mucho en este proyecto, pero habían encontrado dificultades y oposiciones por parte de las instituciones consulares, así que el proyecto de la escuela no se llevó a cabo. Por mi parte, se trataba de elegir entre regresar a mi casa y quedarme en la Misión de Solothurn, donde había mucho que hacer para los pequeños y para los grandes... De hecho, la dura realidad de la emigración italiana de aquel entonces requería de una multiplicidad de servicios e iniciativas y se necesitaba de muchos colaboradores disponibles para el proyecto de Misión Católica Italiana que se iba formando y organizando. Un abanico de actividades que incluía desde la catequesis a la liturgia, de los más diversos trámites a las visitas en los hospitales y en las muchas familias esparcidas en la periferia; del jardín de niños al comedor, donde en una hora y media había que servir la comida a más de cien trabajadores. Los Misioneros Scalabrinianos, con un trabajo incansable, trataban de construir puentes de colaboración entre italianos y suizos, entre migrantes del norte y del sur, más allá de toda discriminación; pobreza, sacrificio y solidaridad constituían el pasaporte para superar todo tipo de frontera.

Aunque no fue posible dar clases, decidí quedarme en Solothurn, ofreciendo mi disponibilidad en diferentes ámbitos y servicios. Conforme iba entregándome a lo nuevo, la experiencia de la emigración que yo misma vivía me fascinaba, así por los mismos contrastes que a menudo me ponían en éxodo: la separación, el sentirme ajena y el dolor requerían esperanza, comunión, el compromiso de la vida. Hoy veo que Alguien formaba mi historia y me llevaba, a través de túneles más o menos largos, a una tierra nueva que no era sólo geográfica. Para mí, Solothurn significaba misión, espíritu scalabriniano, emigración: una realidad que progresivamente me pertenecía y se convertía en mi piel.

Todo eso me parece claro ahora. Pero ¿de dónde recibía la fuerza para no regresar? Recuerdo que recién llegada, precisamente frente a un futuro que se cerraba a mis expectativas, intuía que la elección más profunda que tenía que tomar era enraizarme en una relación vertical de fe con Dios, para esperar de Él aquel futuro por el cual quería gastar mi vida. Un martes, pocos días después de mi llegada, antes de entrar en el restaurante para el servicio del mediodía, me fui rápidamente a la capilla del Espíritu Santo, muy cerca del viejo Hotel Adler. Era el 25 de julio. Un cúmulo de sentimientos, entre el miedo y la confianza, me atravesaban. El Dios que me había llevado hacia allá me permitía hallar en mi propia experiencia la presencia, llena de amor, de su Hijo crucificado y resucitado. En aquel momento de oración le dije mi "sí", entregándole totalmente mi vida. Este voto secreto se convirtió en mi punto de referencia y en mi esperanza: acontezca lo que acontezca -podía pasarme todo- estaba

entregada a Dios y por siempre. Me había puesto en sus manos y el hecho de haberme entregado a Él era mi fuerza y mi alegría”.

Caminando “por los caminos del éxodo”, nuestra presencia en el mundo

“Aquella alegría -así continúa Adelia- no me abandonó aun cuando la historia se volvió más difícil y compleja. Las cosas, en efecto, se tornaban más grandes de lo que hubiera podido imaginar: se iba formando una comunidad misionera, un camino que avanzaba asimismo con la aportación de los Misioneros Scalabrinianos y de la Iglesia local, muy acogedora para con los migrantes. Desde el inicio no faltaron oposiciones y obstáculos, que a veces parecían interrumpir el camino, pero la esperanza no caía y, de hecho, la comunidad se desarrollaba también con la llegada de otras Misioneras de distintas procedencias y nacionalidades.

El don del Espíritu del Resucitado, que se hizo presente en nuestros pasos, nunca dejó que se rompiera el hilo rojo de su amor y fidelidad y, pese a nuestra pequeñez, también numérica (actualmente somos cerca de cincuenta misioneras), nos llevó de Solothurn a otras ciudades de Europa: Basel, Stuttgart, Milano, Roma y, en América Latina, en São Paulo (Brasil) y en México, D.F., donde vivimos en pequeñas comunidades internacionales.

La propia migración nos condujo hacia fronteras siempre nuevas: desde una presencia entre los migrantes italianos en Europa, a los migrantes internos y a los indocumentados latino-americanos en Brasil; desde los migrantes turcos en Alemania a los inmigrantes extra-europeos en Italia, a los refugiados de todos los continentes en Suiza y Alemania y, allí, también entre los migrantes portugueses, prestados a un mercado del trabajo siempre más inestable y precario; desde 2001 también en México D.F., donde muchos migrantes, rechazados en las fronteras, viven la espera traumática de la repatriación.

Desde el comienzo, el don de compartir la vida de los migrantes y las huellas de una espiritualidad –que, sembrada en nuestros pasos, poco a poco, nos permitía conocer el corazón de Scalabrini– nos ayudaban a vivir las dificultades del éxodo... en la fiesta, en la esperanza viva que está envuelta en el mismo misterio de la Pascua; nos ayudaban a no separar la oración de la misión, la contemplación de la acción, la fe de la vida.

Siempre caminando por los caminos del éxodo, nuestra búsqueda para el futuro era partir de donde Scalabrini partía: de la centralidad apasionada de Jesús crucificado y resucitado, de la totalidad del Reino de Dios, de la Iglesia, prolongación del Verbo encarnado que, extendiéndose en el hombre, le acerca el mundo. De esta manera una consagración secular podía llevarnos en los desiertos sociales y humanos de las

migraciones, para entrar en ellos con un servicio concreto de amor, que nos acercaba al propio Dios: “Yo era extranjero y ustedes me acogieron... lo hicieron a mí” (cf. Mt 25, 31-46).

Un Instituto Secular en la Familia Scalabriniana

En nuestra vida misionera destaca, sobre todo, la gratitud por el don de Dios que nos llama a vivir la consagración secular en el mundo de los migrantes. En la expresión plena de nuestra condición laical, asumimos la situación migratoria para que sea transformada en una experiencia de vida cristiana, que puede hallar las conexiones profundas que unen a los hombres más allá de todas las fronteras y volverse testimonio de nuevas relaciones en las realidades y situaciones cotidianas de la vida.

La vida consagrada se expresa en muchas formas diferentes. Los miembros de los Institutos Seculares no sólo son llamados a vivir en el mundo su propia consagración - como es para casi todas las formas de vida consagrada- sino que a ellos se les confía como misión particular la referencia al mundo y a todas sus realidades, especialmente las situaciones ordinarias de la vida común a todos.

Tomarse a pecho la relación con el mundo -que no se encuentra sólo fuera, sino también dentro de nosotros- significa, para los miembros de los Institutos Seculares, aprender a reconocer en todos los ambientes una presencia que quiere crecer y llenar cada realidad, es decir reconocer en el lugar sociológico -que para nosotras es la situación migratoria- el lugar teológico, en otras palabras el lugar en el que está presente como tesoro escondido Jesús Crucificado y Resucitado. En esta certeza de la presencia de Él, estamos llamadas a vivir en el espíritu de las bienaventuranzas las situaciones ordinarias, en los ambientes más diversos, a la manera de la sal y de la levadura que, mezcladas con la harina, desaparecen para que toda la masa fermente.

El Reino de Dios, presente ya en la historia como una semilla echada en la tierra, necesita para crecer de diferentes aportaciones, tan numerosas como los dones y las vocaciones: por ejemplo, es valioso el servicio de quienes se ponen en el mundo como propuesta alternativa o como luz en el monte, y también el servicio de quienes entran en las situaciones a manera de fermento, que desde adentro trabaja y fermenta la masa. En cada misión, sin embargo, el verdadero fermento, la verdadera levadura no somos nosotros, sino Jesús.

De esta forma, la consagración secular, permaneciendo en el camino de cada cristiano laico, quiere convertirse en una señal nítida que remite a la verdadera levadura que es Él; una señal a través de los caminos de la pobreza, castidad y obediencia según la

misma forma de vida de Jesús, caminos humildes para dejar todo el lugar a Su política sorprendente de comunión, potencia de amor que transforma el mundo.

Somos vasijas de barro que llevan en sí un tesoro inestimable: lo podemos testimoniar aprendiendo –a través de la vida de los votos de pobreza, castidad y obediencia- el morir a nosotras mismas, para que el Reino de Dios venga en cada ambiente, en cada situación y en las relaciones con todos.

Sólo así podemos responder a la vocación, a la misión específica que la Iglesia nos confía, allá donde estemos, en las áreas más diversas (por ej. en el servicio social, en los centros de primera recepción en la frontera; en los centros de estudios Scalabrinianos, en la escuela, en los cursos de lenguas, en las universidades, en la investigación científica; en los ambientes de trabajo de muchos migrantes, como el centro de repartición del correo o la cocina en un restaurante universitario, o bien en el ámbito hospitalario, sea como enfermera, médico o dentista, o aún en los ambientes de la música y de la danza...), entre los colegas de trabajo o de estudio; allá donde todos saben que vives en una comunidad misionera y también donde, por varios motivos, no lo saben; a veces en un ambiente totalmente extraño a la Iglesia, otras veces en un compromiso más directamente pastoral (por ejemplo en una parroquia suiza, en una misión scalabriniana, en la pastoral universitaria).

Nuestra vocación nos envía a entrar en cada ambiente con confianza, concientes que ahí están presentes semillas de Evangelio que piden ser reconocidas y valoradas para poder crecer; nos envía a encontrar con estima a cada persona; a preferir el camino del diálogo y de la colaboración con todos, el servicio humilde y el referirse, al menos implícitamente, a una comunión siempre más grande, también allá donde te encuentras a cargar con responsabilidades en primera persona.

J.B. Scalabrini en cada acción partía de la totalidad y de ella entraba en el detalle histórico, pensando siempre en el hombre global y en su destino escatológico. De hecho, mientras intervenía eficazmente en las situaciones concretas, nunca perdía de vista el plano de Dios, al que se refería continuamente y de donde sacaba la inspiración para actuar. Esta gran visión le permitía vislumbrar el desarrollo del proyecto de Dios en la historia, también en las “catástrofes” y hasta a través de ellas.

La forma eclesial de su acción se alimentaba de la contemplación (“Video Dominum innixum scalae”) que lo habilitaba a ver dondequiera a Dios que se dona y desciende hacia el hombre hasta identificarse con él; era alimentado por la Palabra y sobre todo por la Eucaristía, cuerpo partido y sangre derramada para reunir en sí mismo a las gentes dispersas.

Emigración como lupa

En un famoso discurso a los Institutos Seculares, Pablo VI en 1976 usó una expresión que se volvió histórica: podemos ver los Institutos Seculares casi como “el laboratorio experimental en el que la Iglesia verifica las modalidades concretas de sus relaciones con el mundo”. Y el mundo donde estamos llamadas a vivir nuestra vocación Scalabriniana como en un “laboratorio experimental” es el de la movilidad humana, de los migrantes y refugiados. La emigración es una realidad compleja, que no puede ser considerada un sector, porque es como una grande lupa a través de la cual se resalta el mundo con todos sus problemas dramáticos, sus injusticias, la incapacidad de una convivencia humana, pero también pueden aflorar “las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero ya presentes y operantes en el mundo” (EN 70).

“Laboratorio experimental” es el laboratorio donde se intenta algo nuevo. Si el proyecto de Dios es un proyecto de comunión -la edificación del único Cuerpo de Cristo- entonces el laboratorio sólo puede ser un laboratorio de relaciones nuevas, donde el otro, el extranjero es reconocido como un misterio precioso; es un laboratorio donde se aprende a escuchar a quien es diferente por cultura o religión, a acoger al otro, a perdonar, a vivir la comunión de los bienes.

En nuestra historia y en el laboratorio de vida que se da en la comunidad misma, hemos podido experimentar que la elección de poner los bienes en común, vivida en los lugares y en las condiciones en las que nuestra vocación secular nos lleva, puede volverse fermento de criterios nuevos en el mundo. De hecho, la comunión de los bienes, sea espirituales sea materiales (cf. Hechos 4,32.34), remite al proyecto de comunión que el Padre tiene para toda la humanidad: cada bien puesto en común, siendo sustraído a una economía injusta que separa a los hombres, apura los pasos del reino de Dios en el mundo y en sus estructuras. La lógica de la comunión eucarística subvierte toda lógica económica de explotación del hombre.

Centros Internacionales: un proyecto formativo que se extiende a muchos

Mientras caminamos en esta experiencia sentimos la urgencia de anunciar a todos los que encontramos -especialmente a los migrantes y a los jóvenes, futuro de la Iglesia y del mundo- que es posible vivir relaciones nuevas a través de la acogida y de la comunión entre las diversidades. Por ello nacieron los Centros Internacionales en Solothurn (Suiza), Milán (Italia), San Pablo (Brasil), Ciudad de México, como ya el Centro de Espiritualidad para jóvenes de los Misioneros Scalabrinianos en Stuttgart (Alemania). Los Centros son

laboratorios de relaciones donde percatarse también del sentido positivo del migrar, del éxodo, de la convivencia; para descubrir en el campo de la emigración y en la vida de cada uno el tesoro escondido de la Pascua y de la comunión trinitaria. Es una formación cristiana abierta a todos, especialmente a los migrantes y a los jóvenes, una formación que quiere favorecer la acogida de cada persona en su diversidad.

Este objetivo es siempre más visto por las Iglesias locales como un servicio eclesial para el crecimiento de la misma dimensión católica de la Iglesia, que en la acogida de los migrantes de cada cultura y procedencia puede expresar, en todo lugar, su rostro universal. Una dimensión que necesita ser vivida sobre todo en las cosas pequeñas, en la cotidianidad de los ambientes, donde las diversidades se encuentran y, por otro lado, chocan.

No siempre esta tarea formativa que apuesta a la persona, a las relaciones y a la comunión resulta fácil en una sociedad donde la primacía de la globalización tiende a uniformar, aislar, marginar. Ella requiere no sólo una actualización continua, sino una transformación personal. Es necesario habitar y permanecer en el secreto profundo de la realidad eucarística para poder recibir aquella comunión de hijos y hermanos que es imposible realizar a nivel horizontal, especialmente entre las muchas diversidades que encontramos. La Eucaristía es precisamente aquel “depósito de trigo que -como decía J. B. Scalabrini- si introducido en los diferentes estratos sociales, es decir: en las clases dirigentes, entre los jóvenes, en las familias, hará más sabio este mundo confundido y despistado y congregará en el único Cuerpo de Cristo a las gentes dispersadas”. Es necesario partir cada día de la certeza de que no falta el Pan de vida capaz de transformar el mundo.

Maria Grazia Luise e Anna Fumagalli, MSS